

esta vez se habla de nada

(Al amanecer, John, de veintidós años, natural de Minnesota, dependiente de comercio en su vida civil, subió al avión de bombardeo para realizar, en unión de otros compañeros, una de las docenas misiones que la aviación americana tenía señaladas aquella mañana en Vietnam del Norte).

DE pronto, al tener que escribir el comentario de esta semana, no he sabido por dónde empezar. Había considerado previamente algunos temas: Contar el caso de Luis Morris, que ha hecho varias funciones con el pie herido, en condiciones heroicas, resistiéndose a una baja que, en principio, habría supuesto la suspensión de la representación con todas sus perjudiciales consecuencias. O comentar la programación del Español en su futura temporada. O lo que vi al María Guerrero en el Griego de Barcelona.

Como de costumbre, yo iba a escribir sobre el esto y aquello del teatro español. Sobre las pequeñas cosas que, amasacradas en su base, explican mejor que nada los resultados que se obtienen. Yo iba a hablar de nuestras circunstancias y la posibilidad de mejorarlas en tal o cual punto, sin ningún ánimo de magisterio ni tanta soberbia, sabiendo que muchas veces no debo de tener razón y que otras veces que la tengo no sirve de gran cosa.

Pero, de pronto, me ha parecido que era tanto hablar de todo esto. He mirado hacia atrás, he considerado mis cinco o seis años de columnista y me he dicho que ya estaba bien, que no era cosa de seguir hurgando en la superficie si, en el fondo, todo seguía igual. Habíamos mejorado, ciertamente, en algunos puntos. Nuestra censura es ahora menos agria. El Nacional de Cámara y Ensayo es, al margen de la crítica de que pueda ser objeto, una realidad interesante. Buchner ha sido programado en el Español. Valle, Brecht, y pronto Sartre, han dejado de ser autores ignorados por nuestra escena...

¿Y qué más?

Más puede el teatro jugar un importante y activo papel social si la sociedad no está inmersa en ningún proceso convincente. ¿qué va a mostrar el teatro? ¿En qué dirección va a transformar y enriquecer al público? ¿Puede hacer normalmente el teatro algo por la sociedad española actual?

Ha sentido de pronto que todas mis argumentaciones y las de quienes, con más acierto, hablaron en el mismo sentido, han sido pura cháchara literaria, comida teatral, manifestación ingenua confortablemente contemplada por otros desde habitaciones bien caldeadas. He tenido la impresión de que, sin quererlo, había robado un papel que no era mío: el de sermoneador, el de ingenio idealista. He recordado también las luchas desarrolladas entre nosotros, las que no queremos predicar y predicamos, las que queremos ser dialécticas, realistas y nos escudamos por motivaciones inconscientes, por soberbia intelectual, por inconsciente mesianismo.

Me he acordado de los innumerables premios literarios en los que fui jurado: ¿para qué han servido? ¿Qué triste papel de coartada no han desempeñado? ¿Qué autores han salido de estas concursos? ¿Y qué decir de los jernadas de Santander, las de Gijón, las de Córdoba, las de Valladolid? En cada ocasión se dijeron las mismas cosas, las mismas luminosas y evidentes cosas, y nada salió de ahí. Porque el mal está en el todo y es el todo lo que hay que galvanizar y estimular.

Ha recordado, por ejemplo, la última reunión celebrada en la Dirección General de Cinematografía y Teatro para discutir el texto definitivo del antiproyecto de ley. Me ha acordado muy bien que de la masa de asistentes salían numerosas voces atentas a defender los intereses gremiales concretos, sin poner por delante la función sociocultural del teatro. A otros les he oído atacar la ley sin leerla, sin plantearse su posible juego, sin considerar qué nuevas situación podía provocar, simplemente por maximalismo, porque querían que una ley del teatro lo arreglase todo.

Y a todo esto, la ley aún no ha ido a los Cortes.

¿Cuándo tendremos la ley? ¿Qué podrá hacerse con ella? ¿Qué ocurrirá en nuestras sociedades de provincias, donde el pragmatismo ha colocado a la cultura, y por tanto al teatro, entre las últimas atenciones de los municipios y diputaciones? ¿Pero no es esto una consecuencia de los términos automatizados en que hoy se plantea la vida colectiva? ¿Va a servir de algo un teatro municipal si los vecinos sólo esperan vivir un poco mejor a cualquier precio? ¿Quién se tomará en serio a un autor que diga que esto y aquello ha de cambiar, que el «800» no puede ganarse especulando con una casita?

Se diría que en el mundo entero se ha producido un angustioso minuto de vacío y de silencio. Por todas partes, los humanistas nos miran con una zueca, enemigos de la violencia y aún más aterrados de haberse convertido, sin saberlo, en triviales predicadores.

(Media hora después de su marcha, John, de veintidós años, natural de Minnesota, dependiente de comercio en su vida civil, ha regresado a la base. Su avión ha descargado todas las bombas sobre el objetivo previsto: un estrecho camino entre la jungla por donde se supone que van hacia el Sur los hombres del Vietnam).

JOSE MONLEON

juegos mediterráneos

MIENTRAS el Laón está en pleno movimiento y las Memorias de la Liga se hallan a la vuelta de la esquina, un acontecimiento deportivo se ha insertado en las preocupaciones de los atletas más que en las de los aficionados: nos referimos a los Juegos del Mediterráneo que se van a desarrollar en Túnez del 8 al 17 de este mes.

Los Juegos llamados Regionales no consiguen atraer el interés del gran público. Los Juegos Panamericanos de Montreal, donde ha habido un aluvión de records mundiales de natación, han pasado sin pena ni gloria. Los Juegos del Mediterráneo, aunque se hallen atizados por la comodidad que brinda su retransmisión televisiva no han conseguido salvar, desde el punto de vista de su explotación publicitaria, las escoltas creadas por el reciente conflicto político-militar del Oriente Medio.

Cuando se celebraron en Barcelona, hace doce años fueron un éxito. Pero hay que contar primero, para comprenderlo, con la densidad deportiva de Cataluña y segundo, con la relativa aridez de acontecimientos atléticos que entonces podían ofrecerse a los entusiastas del deporte. Desde aquella fecha hasta ahora, los grandes torneos se han multiplicado y, como ocurre en el fútbol, su propia profusión hace decaer su expectación.

No es cuestión, sin embargo, de quitar importancia a estas justas tenebrosas. Aunque el Comité Olímpico Internacional, cada vez más celoso de sus fuegos —y ello a medias por egoísmo, y a medias por sentido común— mire un poco de reojo estas confrontaciones regionales, lo cierto es que para los países ribereños del Mare Nostrum estas del Mediterráneo contienen alicientes que, prescindiendo de los meramentos deportivos, es obligado cuidar y proteger.

Túnez, que hace sólo unos años ha conquistado su independencia, ha realizado un esfuerzo digno de loa para ofrecer un escenario digno del acontecimiento. Ha empleado talento, desgranado sacrificios y desembolsado cerca de quinientos millones de pesetas para exhibirse ante el mundo del deporte. Ciertamente sus dirigentes, ingenieros, arquitectos y obreros van con el agua al cuello para poner a punto todos los detalles. Es dudoso que lo consigan, pero de cualquier forma su buena voluntad y decisión generosa estarán a salvo.

El deporte es un fabuloso trampolín de publicidad (y de publicidad política). La Alemania de Hitler ya lo comprendió así en 1936, y, después, todos los países, empezando por los europeos orientales, han seguido el ejemplo. Y es a través del deporte como Túnez, país joven, audaz y emprendedor, quiere presentar su "tarjeta de visita" a las demás naciones.

No es cuestión de calibrar ahora la importancia de los Juegos desequilibrados por una serie de factores de todos conocidos. Lo importante es que se van a celebrar y que España va a tener en ellos una prueba interesante, que servirá de antecámara a los Juegos Olímpicos de México, al mismo tiempo que de excelente embajada en un país donde se nos quiere y se nos aprecia.

De los resultados ya habrá tiempo para hablar. No parece vayan a ser muy brillantes, como tampoco muy fecundas las experiencias a cosechar. En contraposición, los Juegos pueden servir, y ello ya justifica la dimensión del interés que se les concede por nuestra parte, de excelente banco de ensayos para confirmar la realidad de que el deporte español va progresando en su intento de alcanzar el nivel internacional que le corresponde y del que aún nos separan algunos estadios, y no sólo los de Túnez.

J. J. CASTILLO